

es ésta? Ahora bien, lo dices sobre una rodela: luego ésta es sobre-una-rodela. En realidad no lo es necesariamente, ya que ésta no significa sobre una rodela⁹⁶, sino una rodela, mientras que sobre ésta sí que significa sobre una rodela. Tampoco, si lo que dices que es éste lo es éste, y lo dices sobre Cleón, es realmente éste sobre Cleón; en efecto, éste no es sobre Cleón: pues se ha dicho que lo que enuncio sobre éste que es, lo es éste, no sobre éste; y tampoco hablaría uno en griego si la pregunta se enunciara así: —¿Conoces esto? Esto es piedra; luego conoces piedra⁹⁷. En realidad (hay que decir que) esto no significa lo mismo en —¿Conoces esto? y en —Esto es piedra, sino que en el primer caso significa a ésta, y en el segundo ésta. (También): —¿Acaso no conoces aquello de lo que tienes conocimiento? Ahora bien, tienes conocimiento de la piedra; luego conoces de la piedra. En realidad, (hay que aclarar que):
 182 b de lo que quiere decir de la piedra, mientras que aquello quiere decir la piedra; pero se concedió que aquello de lo que tienes conocimiento lo conoces, no como de aquello, sino como aquello, de modo que no conoces de la piedra, sino la piedra.

Que, por tanto, este tipo de argumentos no prueban una incorrección, sino que lo parecen, y por qué lo parecen, y cómo hay que salirles al paso, queda de manifiesto a partir de lo dicho.

33. Diversa dificultad de las soluciones

Es preciso darse cuenta también de que, entre todos los argumentos, unos son más fáciles y otros más

⁹⁶ Traducimos así, ante la inexistencia de casos nominales en castellano, lo que en griego es un acusativo (*aspida*).

⁹⁷ El juego de palabras original consiste en mantener *lithos* («piedra»), la segunda vez, en nominativo como la primera, pese a que la sintaxis exige que la segunda vez vaya en acusativo.

difíciles para comprender en función de qué y en qué dan una falsa prueba al que escucha, aun cuando muchas veces éstos son idénticos a aquéllos^{97 bis}; en efecto, es preciso llamar *argumento idéntico a otro* a aquel que surge en función de lo mismo que ese otro. Pero el mismo argumento puede a unos parecerles estar en función de la expresión; a otros, en función del accidente; a otros, en función de otra cosa, debido a que, al cambiar de sentido cada uno de ellos, ya no es igualmente evidente (su sentido). Así, pues, al igual que en el caso de los que se apoyan en la homonimia, que parece ser el tipo más simplista de razonamiento desviado, unos son evidentes incluso para el primero que pase (en efecto, los argumentos ridículos se apoyan casi todos en la expresión; v.g.: *un hombre llevaba un carro hasta el pie de una escalera*⁹⁸; y: —¿Hacia dónde partís? —Hacia la mitad⁹⁹; y: —¿Cuál de las dos vacas alumbrará por delante? —Ninguna, sino que ambas alumbrarán por detrás¹⁰⁰; y: —¿El viento norte es puro? —De ningún modo: pues ha matado al mendigo ebrio¹⁰¹. —¿Es Evarco? —De ningún modo, sino que es Apolónides¹⁰². Y del mismo modo también casi todos los

^{97 bis} Es decir: los difíciles de comprender son idénticos a los fáciles.

⁹⁸ Es decir, bien «bajando el carro por la escalera» (absurdo), bien «arrastrándolo sobre el suelo hasta el pie de la escalera».

⁹⁹ El original griego juega con el equívoco de *stéllesthe* («partís» o «recogéis la vela»), a lo que se contesta: «hacia la verga». Sustituimos ese equívoco, inexistente en castellano, por el sí conocido de «partir = marchar» y «partir = cortar».

¹⁰⁰ Equívoco entre el sentido temporal y el sentido espacial de *émprosten*.

¹⁰¹ Se juega con el doble sentido, físico y moral, de *katharós*, «puro», «inocente».

¹⁰² *Evarco* significa «buen administrador»; Apolónides, en cambio, con arreglo a una falsa etimología (derivándolo de

otros); otros, en cambio, parecen escapárseles incluso a los más expertos (una señal de esto es que se pelean muchas veces por los nombres, v.g.: si lo *que es* y lo *uno* significan lo mismo o algo distinto para todas las cosas: pues a unos les parece que lo *que es* y lo *uno* significan lo mismo, mientras que otros deshacen el argumento de Zenón y Parménides al afirmar que lo *que es* y lo *uno* se dicen de muchas maneras). De manera semejante también, de los argumentos en función del accidente y de cada una de las otras cuestiones, unos serán más fáciles de ver y otros más difíciles; captar también en qué género están, y si son refutaciones o no, no es igualmente fácil en todos los casos.

Es un argumento incisivo aquel que produce la máxima perplejidad: pues éste es el que más punzante resulta. Pero la perplejidad puede ser de dos tipos: uno se da en los <argumentos> que prueban realmente, <y se da> sobre qué es lo que uno ha de eliminar de entre las cosas preguntadas; el otro se da en los <argumentos> erísticos, sobre cómo enunciar lo propuesto. Por ello, en los razonamientos que prueban, los argumentos más incisivos obligan a investigar más. Y el argumento probatorio más incisivo es el que, a partir de las cosas más plausibles, elimina lo más plausible. En efecto, un mismo y único argumento, trasponiéndole la contradicción, tendrá por semejantes a todos los razonamientos: pues, siempre, a partir de cuestiones plausibles, se eliminará o establecerá algo igualmente plausible; por ello se producirá necesariamente la perplejidad. Así, pues, el más incisivo es aquel <argumento> que construye la conclusión a partir de la igualdad con las cuestiones planteadas; le sigue en segundo lugar el que la construye a partir de <proposiciones> que son

apóllymi, en vez de la correcta, *Apóllōn*), significaría «el que lo echa a perder».

todas igualmente <plausibles>: pues éste provocará en 5 todos los casos igual perplejidad sobre cuál de las cuestiones planteadas hay que eliminar. Y esto es difícil: pues hay que eliminar alguna, pero no está claro cuál. El más incisivo de los <argumentos> erísticos es aquel que, en primer lugar, no queda claro de entrada si ha probado o no, y si la solución es en función de la falsedad o la división; el segundo, entre los restantes, es 10 aquel que está evidentemente en función de la división o de la eliminación, pero no queda de manifiesto mediante cuál de las cosas preguntadas, dividiéndola o eliminándola, hay que resolverlo, o si esta solución está en función de la conclusión o de alguna de las preguntas.

A veces, pues, el argumento que no prueba es simplista, en el caso de que los puntos de partida sean 15 demasiado poco plausibles o sean falsos; pero algunas veces no merece ser despreciado. En efecto, cuando se deja de lado alguna de aquellas preguntas sobre las cuales y mediante las cuales <se forma> el argumento, al no agregar esto y no haber probado, el argumento resulta simplista; en cambio, cuando lo dejado de lado es ajeno al argumento, éste no merece en modo alguno ser despreciado, sino que es aceptable, aunque el que 20 pregunta no lo haya hecho bien.

Así como la solución es posible darla unas veces respecto al argumento, otras respecto al que pregunta y respecto a la pregunta, y otras respecto a nada de esto, de manera semejante también es posible preguntar y razonar respecto a la tesis, respecto al que responde y respecto al tiempo —cuando la solución precisa dé más 25 tiempo del que se dispone para la discusión relativa a la solución—.